

No sólo de pan vive el hombre

ALFREDO GUTIÉRREZ GÓMEZ Y LEÓN BENDESKY

El refrán que dice: "No sólo de pan vive el hombre" tiene, sin duda, un significado abstracto. Este apela a aquellos elementos, además de la comida, que pueden satisfacer la vida de mujeres y hombres. El hambre en este sentido no tiene únicamente una expresión fisiológica, sino metafísica, tal y como puede manifestarse en el apetito por la cultura, la estética, el placer, la diversión, el ocio, la riqueza material o el vicio. Pero, para los millones de pobres que existen en México, el pan sigue siendo esencial para satisfacer un hambre concreta y acumulada. En este caso el refrán debería completarse de la siguiente manera: no sólo de pan vive el hombre, ¿pero qué ocurre cuando no lo hay?

Como sociedad no estamos siendo capaces de ver lo que efectivamente ha estado sucediendo durante las dos últimas décadas en México. Se verá seguramente después, como consecuencia del aumento del hambre, el desempleo, la falta de escolarización, la enfermedad, la marginación, es decir, de la pobreza. Todo ello se ha ido preparando a partir de un desarreglo social y económico y una configuración del poder que ha contado con la complicidad de unos y la indiferencia de otros, con el disimulo de una parte y la desorganización y complacencia de otra. Los efectos se verán más adelante y entonces será claro qué clase de sociedad creamos y qué tipo de infierno dejamos como herencia.

Hay hambre verdadera y hambre pasajera. El hambre bohemia de Rodolfo y sus compañeros artistas relatada por Puccini, provenía de la persecución del alimento intelectual del músico, el poeta o el filósofo, en el ejercicio de actividades que no redituaban ingresos. Pero de esa hambre se sabe que es pasajera y que satisfacerla requiere de la decisión de los que la padecen para abandonar sus ocupaciones y hacer otra cosa, puesto que nunca se plantea que carezcan de oportunidades. Hay el hambre de quienes se exceden en el alcohol, el tabaco, las pastillas y las drogas, exceso que en muchos casos no proviene de la indigencia, sino de la abundancia. Hay el hambre de los ricos que puede llevarles a la contrariedad y al mal humor, pero que es saciada en los restaurantes de lujo. Estas hambres eventuales no son el tema de esta discusión, sino el hambre endémica, crónica y profunda, la que se padece con certeza.

Un ser humano con hambre insatisfecha defiende su vida. El caso es que los individuos y los grupos sociales manifiestan capacidades de defensa muy diferentes en términos de su efectividad, lo que pone la cuestión del hambre y la pobreza en el terreno de lo político. Esto quiere decir que se convierte en un tema relativo al acceso a los medios de vida, y ubica el asunto en el ámbito del ejercicio del poder. No escapan, aunque sea a la memoria, las imágenes de las hambrunas ocurridas en los años recientes en Biafra, Somalia, Zaire y otros lugares de África.¹ Pero que estos fenómenos sean epidémicos y masivos no le restan veracidad al hambre como hecho individual y colectivo que viven muchos mexicanos. Esta cuestión pone también en evidencia que el espíritu de Malthus sigue rondando por el mundo, aunque, paradójicamente, la escasez de comida y el hambre no sean una consecuencia del atraso de la productividad en la generación de alimentos con respecto al crecimiento de la población, como sostuviera el autor del famoso ensayo sobre el tema, sino que se asocia, en cambio, con el rompimiento de un orden social que permita el acceso a los satisfactores de las necesidades básicas. Este escenario no estaba en la mira de los pensadores que produjeron los grandes debates en torno al liberalismo clásico de finales el siglo XVIII y de la primera mitad del siglo XIX. La idea de progreso tenía entonces otros horizontes aunque existió la capacidad de plantear abiertamente las contradicciones que ese fenómeno estaba provocando. La ideología de entonces se debatía entre la armonía y el conflicto, ése era el centro del debate entre los clásicos de la economía y Marx. Hoy parece haber de nuevo menos espacios efectivos, en el terreno de las ideas y de las acciones, para la visión armónica de la organización social. Peor para nosotros.

A pesar de la falta de efectividad de los más pobres en su defensa contra el hambre, toda forma de vida tiende a autoconservarse y autoafirmarse. Esta no es una posición subversiva y tampoco arrastra ninguna duda teórica. No hay nada más natural. Se observa en la reacción de un infante cuando no es atendido oportunamente con el pecho o la mamila. Usa entonces todas sus armas que, a pesar de su fragilidad, no son menores y sí bastante contundentes. Echa por delante los pulmones y la garganta con todos sus decibeles, si tuviera más fuerza haría saltar su cuna o petate y se lanzaría sobre los demás en busca de alimento. Esta es la reacción natural, no requiere de ideología alguna para producirse, menos aun de agitadores o de influencias extranjeras.

El hecho es que entre las reacciones naturales frente al hambre y la organización social que existe para satisfacerla, hay una gran distancia. Son muchas las barreras que se erigen entre el hambre como una carencia

y las formas de saciarla. El acceso restringido a los recursos para producir, en especial a la tierra, hace que no se pueda disponer directamente de la comida, si alguien lo intenta puede morir a manos del dueño de la tierra y sus guardias blancas, a ser encarcelado por la autoridad, amonestado por los sacerdotes o rechazado por los intelectuales. Para la inmensa mayoría, conseguir los alimentos requiere de la generación de un ingreso, lo que implica tener un empleo.²

Durante una etapa de su funcionamiento, el capitalismo fue capaz de generar el crecimiento de la producción y de crear empleos y con ello pudo superar de manera "satisfactoria" el conflicto esencial entre el salario y las ganancias que caracteriza este sistema de producción (cuestión que fue en evidencia desde las formulaciones iniciales de la economía política hechas por David Ricardo en 1820, cuando planteó de manera explícita el conflicto distributivo entre capitalistas y trabajadores). Con ello se pudo, también, contrarrestar el embate del marxismo y asimilar las luchas de los movimientos obreros, a pesar de la recurrencia de las crisis económicas. Para que eso ocurriera fue necesario que el sistema adaptara las presiones sociales y se garantizaran las condiciones de la acumulación de capital. Ello se logró mediante el cambio tecnológico, la adaptación de la organización industrial, el control de las relaciones laborales, las guerras mundiales y el continuo gasto bélico y la innovación de la organización social que abrió el espacio para la creación de lo que se conoce como el Estado de bienestar. Las reformas económicas aplicadas después de la gran crisis de 1929 están ahí como un recordatorio ineludible de los dilemas del modo de funcionamiento de los capitales. El espíritu de Keynes también sigue rondando y estorba a las nuevas ideologías liberales, cuyas burocracias estatales sólo aciertan a ofrecer trabajadores liliputienses, por la cantidad de empleo disponible y los bajos salarios que éstos producen, pero a la altura de los requerimientos de la acumulación de capital. Las contradicciones entre el capital y el trabajo están resurgiendo de manera más ostensible, sobre todo a partir del reacomodo de los procesos financieros y productivos que ha venido ocurriendo desde la década de 1970. Ahora el Estado de bienestar está en curso de ser desmantelado y en su lugar no está surgiendo un nuevo ordenamiento socioeconómico que difunda de manera suficientemente aceptable los beneficios de la acumulación.

El crecimiento económico acelerado de la segunda posguerra fue un periodo atípico del desarrollo del capitalismo a escala mundial, y no podrá ser recreado bajo las formas de funcionamiento actual de los mercados. De tal manera, los frutos del aumento de la producción se concentran cada vez más, creando un mayor desempleo y la ampliación de la pobreza. Esta es la norma del sistema económico vigente y no son anomalías como suele presentarse en las formulaciones ortodoxas de la teoría económica. Este proceso es igualmente cierto en el caso de México que, después de varias décadas de continua expansión económica, entró desde hace quince años en un periodo de muy lento crecimiento y desarticulación productiva, que ha tenido fuertes repercusiones en términos de la generación de una mayor desigualdad social. De tal manera, actualmente se puede observar además, cómo a los procesos de atracción que surgen de la nueva fase de la internacionalización de los capitales (conocida como globalización), corresponden otros de severo desplazamiento de grupos enteros de la población, de empresas y hasta de espacios geográficos. Ahora parece que estamos en la edad de oro del despido y la segregación masivos.

Entramos a un tiempo de regresión y no de progreso, o cuando menos de un progreso que se difunda entre la población. En muchas naciones, y ostensiblemente en México estamos volviendo a etapas que parecían superadas, en situaciones en las que se negocia en las orillas de carreteras, caminos y calles y se lucha por el espacio en las banquetas; a una forma de mercantilismo primitivo, de sistema informal y fuera del control del gobierno, pero, en ocasiones, altamente organizado. A muchos se les ha devuelto a una condición de autoempleo, pero sin medios ni recursos para ejercerlo. El mundo se nos aparece, entonces, de modo fragmentado, en un espacio posmoderno, el menor, y otro mucho más grande que parece una vuelta a la era medieval. Y mientras unos realizan enormes transacciones financieras vía satélite o navegan por el ciberespacio, otros se disputan un pedazo de asfalto para vender lo que sea, una esquina para lavar parabrisas o tragar fuego o pedir limosna.

Además del acceso restringido a los recursos y a los medios para obtener la comida, la producción agrícola del país muestra un severo rezago, está desarticulada y sitiada por actos de corrupción, y se aprovechan las condiciones para hacer grandes negocios. Algunos mediante los subsidios estatales a la producción de masa, otros importando leche contaminada con la radiactividad de Chernobyl o frijol prohibido para el consumo humano en China, otros más con acciones impunes en instituciones como CONASURO. Cada vez que los grandes empresarios anuncian ante el presidente, en un acto por cierto poco republicano, que harán inversiones millonarias basados en la gran confianza que tienen en la gestión de la economía, resaltan por su ausencia los proyectos en las ramas de producción de alimentos. Y mientras tanto cada secretario de Agricultura anuncia el arribo de la autosuficiencia alimentaria, un gran apoyo financiero al campo o

simplemente el reparto electorero de dinero a los campesinos en flamantes esquemas como el reciente de Procampo.

A pesar de todo, sólo la tortilla parece ser fiel al mexicano –aunque su precio tienda a aumentar para adelgazar al Estado al disminuir el déficit público–, y las harinas están convirtiéndose en la base de una nueva malnutrición. Hay tres indicadores de la dificultad para satisfacer el hambre: el problema de acceso a la comida, la carestía de los alimentos y su envoltura. Conforme avanza el hambre es la envoltura la que prevalece. Las tortillas ahora son dobles y triples en los tacos, la capa de masa de los tamales es cada vez más gruesa y hay una alta redundancia alimenticia, se come masa envuelta en masa, hasta que llegemos a patentar la "superguajolota", es decir, un tamal envuelto en tortillas y puesto dentro de un bolillo (y si quedan todavía algunos pesos se podría acompañar de un atole aunque sea aguadito).

El hambre lleva muchas veces al camino del fracaso. El hambriento que aún puede ir a la escuela empieza a dormirse sobre el pupitre o en el suelo si no hay muebles. No puede atender al maestro, no aprende, no pasa de año, luego es un "burro" y un flojo; o cuando menos este parece ser un silogismo para aquellos que sí están bien comidos. El hambriento y desnutrido no crece, se achica aún más. La estatura de la comandante Ramona parecer ser la medida de la solidaridad con los indígenas. Hasta los boxeadores pasan a categorías cada vez más bajas y ya casi no llegan ni a peso mosca, categoría en la cual tuvimos alguna vez populares campeones. El hambriento se enferma más y durante más tiempo, con pocas defensas orgánicas es más vulnerable a los males intestinales, las infecciones y epidemias. El hambriento tiende a la autodenigración, a la inestabilidad física y emocional, suma resentimientos y actúa provocadora y destructivamente. El hambriento se afea y así se le puede identificar y darle la vuelta y, tanto peor, también ve feo y se hace sospechoso por clavar la mirada desafiante y ser cada vez más agresivo ante lo que ve como la ostentación de otros. Se va volviendo un ser antisocial, se desquita y entra en broncas, endurece su lenguaje, raya coches y paredes y mienta madres.

Ante la imagen del hambre y la pobreza, el resto de la sociedad trata de eliminarla de su visión. De lo que se trata, parafraseando a Susan Sontag con respecto a los efectos que produce la fotografía,⁴ es de desplazar o reducir la sensación de fastidio o escrúpulo moral y sensorial que producen los marginados. Se busca de muchas maneras –entre ellas con la indiferencia–, reducir el umbral de lo que en verdad resulta terrible. Se va desarrollando la capacidad para soportar lo grotesco de la pobreza y del hambre, dicha capacidad tiene, no obstante, el alto precio de provocar la pseudofamiliaridad con ese fenómeno y reducir la habilidad para reaccionar ante él. La constante exposición a la pobreza hace que una respuesta compasiva se torne irrelevante, lo que se busca es que no nos afecte emocionalmente y poder enfrentarla con ecuanimidad. Nos convertimos en observadores cada vez menos atentos y eludimos la posibilidad de actuar. El hambre divide a la sociedad y la enfrenta de forma socavada y, en ocasiones, de manera abierta. Este conflicto es realmente una especie de guerra civil no declarada que se contrapone a las bondades de un modelo modernizador que sigue estando trunco.

Durante los últimos quince años la producción en México ha crecido solamente 1% en promedio anual. Este es un hecho contundente del funcionamiento de la economía mexicana que toda la retórica y los recientes esfuerzos de reforma no han podido superar. Este es el punto de partida indispensable para acercarse al asunto del hambre y la pobreza. Ese mismo periodo está marcado por diversos episodios de crisis: 1982, 1987, 1994 y no puede menospreciarse el impacto adverso que éstos han tenido en la estructura productiva, en la asignación de los recursos, en las condiciones del acceso a los mismos y en el nivel de vida de la población. Constituyen procesos de entropía que acrecientan enormemente los costos de la gestión económica, y los efectos que produce no pueden medirse con los instrumentos usuales de la estadística de las cuentas nacionales, que esconden formas de reordenación de las relaciones sociales existentes y de la estructura de poder vigente. La caída del producto en más de 6% en un solo año, como ocurrió en 1995, no es una cuestión de índole técnica, se expresó de manera directa en el nivel de vida de la población, en su patrimonio, en las oportunidades que enfrentan y en sus expectativas. La repercusión de la larga crisis debe medirse en términos generacionales, ésa es su verdadera dimensión. Además, la crónica crisis económica del país ha alterado de modo significativo el orden institucional y el funcionamiento de los mercados, lo que se expresa hoy en el rompimiento de las cadenas productivas asociadas con la rápida apertura comercial y la ausencia de una política industrial, en el control del mercado de trabajo, y en el derrumbe del sistema bancario después de las flamantes privatizaciones de la época salinista. La recuperación que se inició en 1996 constituye una expresión estadística del fenómeno cíclico de la crisis, pero no es una manifestación de la recomposición virtuosa de los efectos de la larga depresión económica.

La modernidad económica se nos esconde, así como aquel progreso que tenga una capacidad de abarcar y no de desplazar como ha sido el caso durante muchas décadas, pero de modo más ostensible en los últimos

años. Esta incapacidad de los recientes procesos de reforma económica para abrir un espacio de desarrollo y no sólo de crecimiento productivo esporádico e insuficiente, ha llevado incluso hasta una pérdida del gobierno para elaborar metáforas que convoquen a la participación social. La Solidaridad está ya rebasada y en el cesto de las grandes ideas sexenales. En 1994 en pleno entusiasmo por la negociación del Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos y Canadá, el entonces secretario de Comercio anunciaba que México entraría a las grandes ligas, sin darse cuenta que ese año la gran carpa estaba en huelga. La sociedad, en cambio, no ha perdido la capacidad de hacer metáforas y chistes acerca de la situación que padece, como una verdadera catarsis de su frustración. Al mismo tiempo que fracasa la reforma económica se esconde la modernidad política, sigue existiendo el control de tipo corporativo y son cada vez más visibles los estragos que produce la corrupción.

Frente al magro crecimiento económico, la población ha seguido creciendo a una tasa del orden de 2% anual. Según los datos del más reciente conteo practicado por el INEGI, tan sólo entre 1990 y 1995 la población de México tuvo un aumento de diez millones de personas, para llegar a poco más de 91 millones de habitantes. De éstos, 46% tienen menos de 20 años de edad, es decir más de 42 millones de mexicanos están en una edad en que demandan servicios como los de educación, recreación y salud y ejercerán una fuerte presión en el mercado de trabajo durante las próximas décadas. La sola relación entre el estancamiento productivo y el rápido crecimiento de la población es un indicador suficientemente expresivo, aunque parcial, del desenvolvimiento conflictivo de esta sociedad, y a ella se añade el aumento de la pobreza.

No hay una estimación precisa de la magnitud de la pobreza en México, varían los criterios metodológicos que se aplican y las mediciones que se hacen, siendo así hasta cierto punto nebulosa su identificación, aunque no su existencia. Los cálculos oficiales basados en criterios internacionales, señalan que hay en el país cerca de 40 millones de personas en situación de pobreza y de ellas 17 millones están en situación de pobreza extrema. Además, la estructura de la distribución del ingreso se ha hecho más inequitativa en el curso de los últimos años. A pesar de que la última información disponible es de 1994, ella indica que el diez por ciento de los hogares más ricos concentraban más de 39% del ingreso, mientras que el diez por ciento más pobre representaba únicamente 1.6% de los mismos.' Esto es sólo indicativo del alto grado de concentración del ingreso y de la riqueza en esta sociedad. Los efectos del episodio más reciente de la larga crisis económica, han tendido a reconcentrar el ingreso y la riqueza. Ello puede desprenderse del hecho

que para finales de 1996, tanto el Banco de México como el INEGI estiman que la masa salarial en el sector manufacturero (el más dinámico de la economía) es menor que hace una década, mientras que el salario mínimo en términos reales está en un nivel inferior al que tenía en 1960. Mientras tanto, los ingresos derivados de las inversiones financieras han aumentado, beneficiándose de la política monetaria que ha sido el eje del programa de ajuste y estabilización y de las exenciones tributarias. Además, la propiedad de las empresas ha tendido a concentrarse en grupos que se han diversificado en varias actividades de la producción y los servicios. Así, de manera paradójica, una economía sujeta a la amplia liberalización y desreglamentación, es decir, sometida a una mayor competencia, ha consolidado una mayor concentración del capital.

Las consideraciones que aquí se hacen del modo de funcionamiento del sistema económico no constituyen juicios de valor. La economía no es una disciplina moral, y en cambio, hay una justificación de su gestión en términos agregados sustentada en una teoría económica y una práctica de la política económica que parece más un ejercicio de la contabilidad de los grandes números y no una administración de los recursos en el marco de la mayor generación y mejor distribución de la riqueza. Lo que importa para la burocracia estatal y los organismos financieros internacionales es que cuadren los números de las cuentas públicas, que salden las columnas del debe y el haber. En este marco es una verdadera falacia decir que los resultados macroeconómicos son un éxito pero que no logren expresarse a escala microeconómica, o sea, en la actividad de la mayoría de las empresas y en el ingreso de los trabajadores. Esos resultados macro sólo pueden alcanzarse manteniendo a la microeconomía sometida. El pensamiento económico atraviesa por una de sus más profundas crisis y no hay visos de una posible recuperación de su integridad intelectual, perdida, por cierto, hace mucho tiempo.

La posibilidad de convivir con cierta paz y previsibilidad en las relaciones sociales se coarta cuando se rebasan los equilibrios y las compensaciones básicas entre grupos, sectores y clases. Cuando se desconocen las formas prácticas y fehacientes de la equidad y la solidaridad, que son valores que se sitúan más allá de los contratos y los cálculos de índole inmediatista, se genera un estado de descomposición y conflictividad. De ahí derivan las exigencias de acciones efectivas de redistribución económica. La competencia sin freno entre grupos sociales provoca la desconfianza mutua y orilla a verse como opositores y enemigos, alienta el levantamiento de barricadas para salvar los intereses particulares con una perspectiva distorsionada de las correspondencias sociales. Así, el batallar cotidiano de todos contra todos no es un resultado modernizador

que exprese progresos efectivos o logros ejemplares. La actual ética de naturaleza interestatal que parece guiar la recomposición mundial, acarrea un individualismo asociado con la desprotección que debilita los espacios públicos y los proyectos sociales. El debilitamiento interno de las sociedades aparece como un instrumento de reubicación en el orden de los proyectos globales. El hambre que lleva a la violencia e induce a la pulverización social, llama a la represión y al establecimiento del orden. Ese orden no tiene por qué ser necesariamente más democrático. Este es el tamaño del conflicto de la pobreza.

1 El hambre es un fenómeno pandémico y al respecto, pueden verse; cuando menos, dos distintos tratamientos del problema. Uno de ellos que puede denominarse técnico y académico y que es propuesto por la FAO o por estudiosos del tema como Amartya Sen. El otro, que está expresado en reportajes publicados en diversas publicaciones, entre ellos puede citarse a Robert D. Kaplan, "The coming anarchy", *The Atlantic Monthly*, febrero de 1994.

2 El empleo se ha convertido en el asunto clave del crecimiento económico mundial, aunque los parámetros de la discusión se han transformado de manera significativa con respecto a las condiciones que lo definieron hasta la primera mitad de este siglo. Una referencia reciente al respecto es, por ejemplo, Ethan Kapstein, "Workers and the world economy", *Foreign Affairs*, vol. 75, núm. 3, mayo junio de 1996.

3 Susan Sontag, *On Photography*, Doubleday, Nueva York, 1977.

4 INEGI; Encuesta Nacional de Ingresos y Gastos de los Hogares, 1994.

Los autores son, respectivamente, profesor del Departamento de Ciencias Sociales y Políticas de la Universidad Iberoamericana y codirector de Economía y Política Internacional AC (ECONPOL).

Confianza en las instituciones

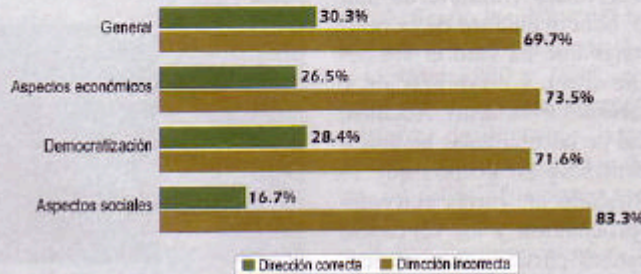
INDICADORES

Confianza en las instituciones

Encuesta Banamex-Accival-Factum

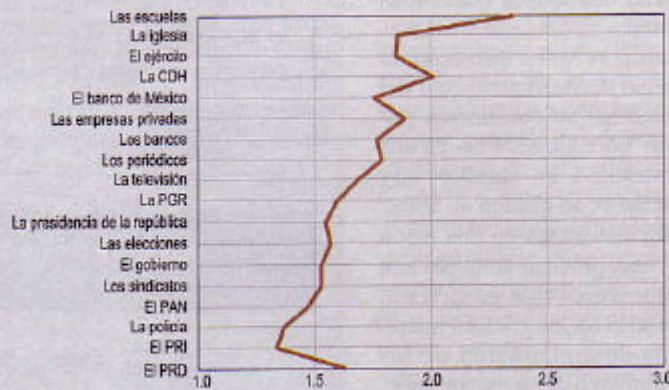
DIAGNÓSTICO CIUDADANO

¿Cómo cree que han marchado las cosas en el país en el último año?

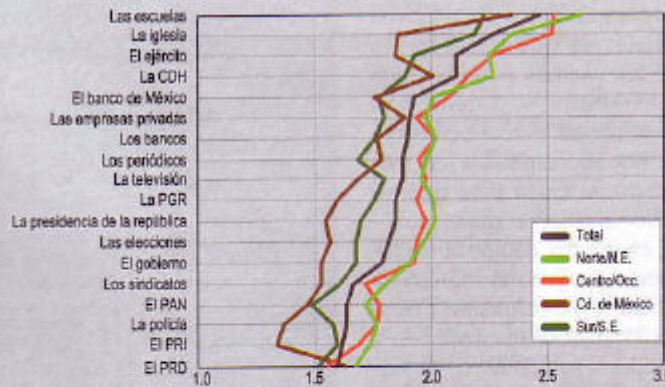


CONFIANZA EN LAS INSTITUCIONES (CIUDAD DE MÉXICO)

(3=mucha, 2=poca, 1=nada)



CONFIANZA EN LAS INSTITUCIONES (POR REGIONES DEL PAÍS)



Fuente: Factum mercadotécnico, S.A. de C.V.

Vitrina metodológica:

Levantamiento: 25 de abril-5 de mayo de 1997; tamaño de la muestra: 2400 encuestas; selección de la muestra: aleatoria; poblaciones: colonias y centros de afluencia. La selección final fue realizada por cuotas preestablecidas (sexo, nivel y edad); margen de error: 4% a nivel total; confianza estadística: 95%.

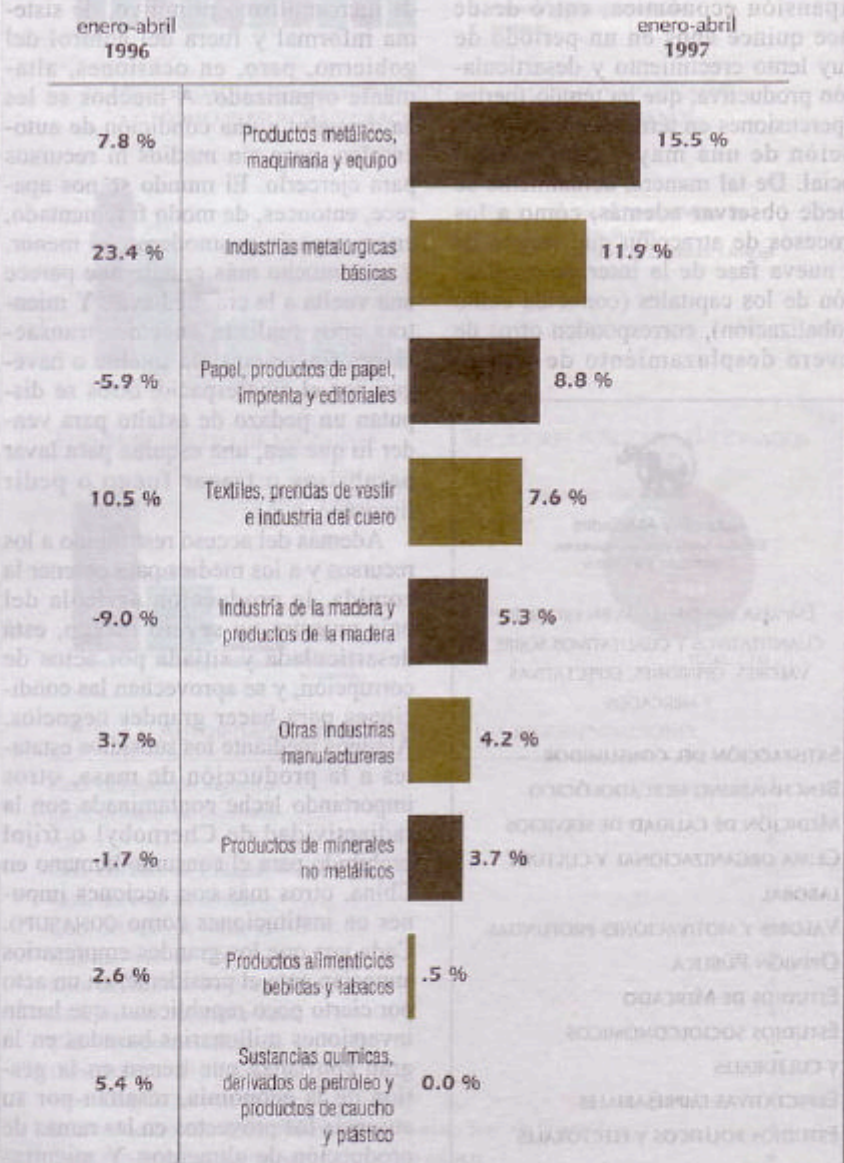
Notas: Los datos reportados por ámbitos, regiones, niveles sociales y sexos tienen un error tolerado mayor –de entre 5% para sexo y 10% para nivel social– por lo que deberán formarse bajo esos parámetros.

INDICADORES

Economía nacional

Producto interno bruto, industria manufacturera

De las nueve ramas de la industria manufacturera que contribuyen al PIB, sólo la industria de sustancias químicas, derivados del petróleo, productos de caucho y plástico no presentó ningún crecimiento durante el primer trimestre de 1997. Con respecto al mismo periodo, durante 1996, únicamente cuatro de ellas presentaron incremento, mientras que en las otras cinco se vio disminuido el porcentaje, según datos del INEGI.



Fuente: Producto interno bruto trimestral 1997, INEGI.

INDICADORES

Derechos humanos

Quejas y recomendaciones de la CNDH

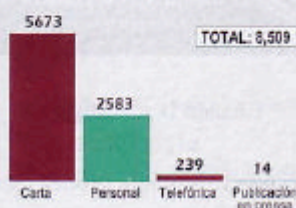
PRINCIPALES MOTIVOS DE QUEJA CALIFICADOS COMO PRESUNTAS VIOLACIONES DE DERECHOS HUMANOS (mayo 96-mayo 97)



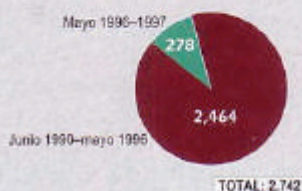
AUTORIDADES CON MAYOR INCIDENCIA DE QUEJAS Y CALIFICADAS COMO PRESUNTAS VIOLACIONES DE DERECHOS HUMANOS (mayo 96-mayo 97)



FUENTE DE ACCESO DE LAS QUEJAS



SERVIDORES PÚBLICOS SANCIONADOS



AUTORIDADES DESTINATARIAS DE LAS RECOMENDACIONES

Gob. del edo. de Veracruz	11
Gob. del edo. de Guerrero	10
PGR	8
Gob. del edo. de Chiapas	8
Gob. del edo. de Jalisco	7
Gob. del edo. de Tabasco	6
Gob. del edo. de Oaxaca	4
Gob. del edo. de Puebla	4
Gob. del edo. de Tamaulipas	4
Gob. del edo. de Zacatecas	4
Gob. del edo. de Chihuahua	4
Proc. Gral. de Justicia Militar	4
Subsria. de Protec. Civil, Prevención y Readap. Soc. de la Segob	4
Comisión Estatal de Derechos Humanos de Jalisco	4
Total	126

Fuente: Comisión Nacional de Derechos Humanos, Informe anual de actividades, de mayo 1996 a mayo 1997.

INDICADORES

Economía nacional

Producto interno bruto (mayo 1997)



Las tendencias muestran una recuperación durante el primer trimestre de 1997 en las grandes ramas de la industria con respecto al mismo período en el año anterior; con excepción del sector agropecuario y la minería que presentan una clara disminución de su porcentaje, según datos del INEGI.

enero-abril 1996		enero-abril 1997
-3.9 %	Construcción	8.7 %
2.0 %	Transporte, almacenaje y comunicaciones	7.3 %
4.8 %	Industria manufacturera	6.2 %
-6.6 %	Comercio, restaurantes y hoteles	5.6 %
3.0 %	Electricidad y agua	5.4 %
-0.4 %	PIB a precios de mercado	5.1 %
-0.4 %	Valor agregado bruto en precios de mercado	5.1 %
-2.5 %	Servicios financieros, seguros, actividades inmobiliarias y de alquiler	4.7 %
-2.2 %	Servicios comunales, sociales y personales	3.6 %
4.6 %	Agropecuaria, silvicultura y pesca	1.6 %
6.9 %	Minería	1.0 %

Fuente: Producto interno bruto trimestral 1997, INEGI.